

Cultura política: el estado del arte contemporáneo

Sumario

Introducción. El estado del arte en cultura política. El legado de Almond y Verba. La cultura política en la investigación interpretativa. Conclusiones.

Resumen

El concepto de cultura política, que nace como tal en los años sesenta, ha venido variando desde entonces en muy diversos grados, generando un arduo y a veces infructuoso debate entre politólogos, sociólogos y hasta antropólogos. El propósito de este ensayo es incursionar en el debate desde dos perspectivas teóricas aparentemente opuestas: la sociología interpretativa, que busca entender los significados y códigos de la acción social, y los más recientes aportes de la política comparada que buscan explicar el cambio de valores y actitudes políticas en las sociedades actuales.

Palabras clave: *Cultura política, participación política, política comparada, acción social, significados.*

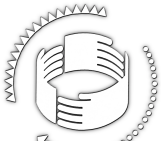
Abstract

Although the concept of political culture was born in the 60s, its content has been varying in different scale since, and has produced a difficult and quite often pointless argument among political scientists, sociologists and even anthropologists. The purpose of this essay is to enter into debate from two apparently conflicting theoretical perspectives: the interpretative sociology, which seek out the meaning and codifications of the social action; and the more recent comparative politics advances, which attempt to explain the values and political attitudes change in contemporary societies.

Key words: *Political culture, political participation, comparative politics, social action, meanings.*

Artículo: *recibido, septiembre de 2002; aprobado, octubre de 2002*

Leticia Heras Gómez: *Universidad Autónoma del Estado de México - Centro de Estudios de la Universidad*



Cultura política: el estado del arte contemporáneo

Leticia Heras Gómez

Introducción

Llevar a cabo una revisión conceptual de la cultura política demanda, en primer lugar, un gran esfuerzo de síntesis. La cantidad y calidad de los materiales que han contribuido al estado del arte actual es enorme. Un estudioso señalaba en 1990 que había "... entre 35 y 40 libros cuyo tema central era la cultura política, tanto en términos teóricos, como empíricos; que había alrededor de 100 artículos dedicados al tema en revistas especializadas; y más de 1.000 citas en la literatura correspondiente" (Almond, 1990:143).

En segundo lugar, realizar dicha revisión carecería de sentido si ello no tuviese un propósito específico. Por ello, intentamos en este ensayo una aproximación teórica que nos permita entender, analizar y explicar la cultura política contemporánea y tener la posibilidad de acudir a su contenido conceptual al momento de estudiar la cultura política de un estado o grupo social en particular.

La primera parte de este ensayo es una revisión de la corriente inicial del estudio de la cultura política, empezada por G. Almond y continuada por la corriente de la política comparada. En ésta dominan los estudios europeos y norteamericanos. En la segunda parte se revisa la contraparte conceptual que está constituida por una crítica a ésta desde la sociología interpretativa y que presenta un enfoque distinto de cultura política. Intentamos integrar dos enfoques conceptuales aparentemente irreconciliables: la interpretativa y la comparatista en su versión más reciente.¹

La idea central es que mediante la recuperación del bagaje de representaciones, símbolos e instituciones de una sociedad, estudiadas por la sociología interpretativa, es posible establecer las bases o raíces de

¹ Almond señala, además de estas dos, una línea psicológica dentro de la tradición del estudio de la cultura política, representada por Wallas, G; Lippman, W; McDougall y otros (Almond, G. 1990). No obstante su importancia, esa línea de análisis no será revisada en este ensayo.

la cultura política; pero que ello no es suficiente para explicar las cotidianas percepciones y actitudes de la sociedad hacia la política. Para ello se requiere el estudio comparativo y estadístico, como el que se plantea desde la política comparada. Con ambos, eventualmente podremos tener una visión general de la forma en que se percibe y se actúa en términos de lo político en una sociedad determinada.

El estado del arte en cultura política

El estudio de la cultura política ha sido un tema largamente abordado por politólogos desde la aparición en 1963 del libro *The Civic Culture* (Almond, G. and Verba, S.). La sugerente idea de analizar el comportamiento político en grandes núcleos de la población (*Behavioural analysis*), utilizando técnicas cuantitativas, enraizó en buena parte de las escuelas dominantes de ciencia política de los años sesenta y setenta, llegando a formar todo un programa de investigación especialmente en los Estados Unidos. Sin embargo, dicha aproximación resultó en el mediano plazo ampliamente cuestionada, en especial por sociólogos y antropólogos que la consideraban parte de un modelo occidental de orientación norteamericana capitalista y democrático-liberal e insistían en reubicar el estudio de la cultura política dentro del amplio campo de los valores, significados e instituciones de la cultura general.

Este debate dio origen a nuevos enfoques de ciencia política cada vez más sofisticados cualitativa y cuantitativamente que ahora intentaban explicar no sólo el comportamiento político en la sociedad, sino que empezaban a abarcar todo el espectro del cambio político en éstas. Así surgen, entre otros, los estudios de Política Comparada que hoy en día constituyen un campo teórico de gran consenso en los medios académicos. Autores como R. Inglehart, de la Universidad de Michigan; L. Diamond, de la John Hopkins University; J. Gibbins, apoyado por el *European Consortium for Political Research*, y S. Welch y otros, forman ya un grupo académico con importantes avances en el nuevo enfoque de la cultura y participación política de las sociedades contemporáneas. Pero veamos más de cerca las primeras propuestas,

para ofrecer un mejor balance de la situación actual.

El legado de Almond y Verba

Una buena parte de la investigación que hasta la última década del siglo XX se llevó a cabo en relación con el tema de la cultura política se llevó a cabo a partir de la obra de G. Almond y S. Verba, *Civic Culture* (1963). Tanto sus críticos como sus apologistas dedicaron varios volúmenes a analizar una que fue, sin duda, la obra pionera de la política comparada. Ha sido catalogada como la obra clásica y más influyente en el tratamiento de la cultura política (Chilcote, 1994). Sin embargo, cuatro décadas después ha sido ampliamente superada. Conviene detenerse un poco en esta obra para sustentar mejor el análisis.

Situada dentro de la perspectiva de la naciente política comparada, la obra consistió en un estudio sobre las actitudes de la población hacia sus respectivos sistemas políticos. Los países sujetos de análisis fueron Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia y México. Se eligió una muestra de 1.000 habitantes en cada uno de ellos, con el objeto de aplicar un detallado cuestionario que intentaba abarcar tres aspectos de dichas actitudes: los conocimientos sobre el tema político, la identificación del individuo con su sistema político y la evaluación sobre éste; es decir, una dimensión cognoscitiva, una afectiva y una evaluativa. El estudio considera al sistema político como el lugar en donde se lleva a cabo la asignación autoritaria de valores (Easton, 1965) y se reconoce como el centro receptor de demandas (inputs) y de donde emanan las respuestas (outputs). Pretende establecer una imagen-objetivo de democracia frente a la cual se establece la comparación entre países.

La idea que guía todo el estudio es buscar en qué medida la cultura cívica-política posibilita el desarrollo de la democracia en un país, pero sobre todo tiende a procurar su estabilidad. De este modo, Almond y Verba presentan tres tipos de cultura política: parroquial, de súbdito y participativa, e incluyen su posible combinación. Finalmente, entienden que el manteni-



miento del sistema político democrático está soportado en el desarrollo concreto de la cultura cívica. En otras palabras, la cultura cívica era considerada como aquella que exige de los ciudadanos una participación activa dentro del sistema político, basándose en un cálculo racional e informado y no emocional.

En el estudio se examinan las distintas orientaciones de los individuos hacia las estructuras y procesos políticos en el plano cuantitativo, pero con escasos apuntes sobre los orígenes o la sustancia de la acción política, es decir, no se trató de un análisis valorativo ni cualitativo. Un estudio como éste último, según palabras de los propios autores: “Tendría que relacionar sistemáticamente tipos de orientaciones de acción política con tipos de estructura social y valores culturales, lo mismo que con los procesos de socialización, con los cuales están relacionados” (Almond, 1970:46). No fue ese el caso de *Civic Culture*, cuya ambición central no era de orden valorativo.

La obra intenta un acercamiento a cinco naciones a partir de una particular idea de cultura, de política y de democracia, pero lo que en dicha obra se desarrolla es específicamente la variable educativa, a través de un enfoque más afin, la psicología, que a la antropología o sociología.

Los autores de *Civic Culture*, al trabajar los conceptos, tuvieron que especificar sus contenidos, dentro de los cuales se presenta la variable educativa como la de mayor importancia en la formación de la cultura política. Así, llegan a la siguiente definición de cultura política: “La cultura política de una nación consiste en la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de dicha nación” (Almond, 1970:31).

Más adelante, Almond y otros autores llevan a cabo una revisión de la investigación inicial. En *The Political Culture Revisited* (1980) se reconocen algunas de las debilidades de la primera, pero concluye que lo importante fue el comienzo de una metodología de investigación en el ámbito de la ciencia política, en particular

el desarrollo de la técnica de encuestas. Lo cual es cierto. A partir de esta obra, se difundieron ampliamente las posibilidades de aplicación de dicho método a la investigación de los fenómenos políticos, cuya creciente complejidad rebasaba las teorías existentes. A propósito, Almond dice: “Ahora era posible establecer si existían marcas nacionales distintivas y caracteres nacionales; si, y en qué medida y grado, se dividían las naciones en subculturas distintivas; si las clases sociales, los grupos funcionales y las élites específicas tenían orientaciones distintivas hacia la política y la política pública y el papel que jugaban los agentes de socialización en el desarrollo de estas orientaciones” (Almond, 1980: 27).

Sin embargo, y a pesar de un importante desarrollo ulterior en esta línea metodológica, no se llegó a tanto. Lo que sí debe reconocerse es que fue el punto de partida de la preocupación sobre la cultura política, no solamente dentro del campo de la ciencia política sino desde el más amplio de la ciencia social.

Desde ese momento, dos han sido las corrientes más importantes que analizan la cultura política: la corriente *behaviorista* y la interpretativa. La primera caracterizada por “...sus aspiraciones científicas libres de valores, por sus tendencias expansionistas y dentro de la investigación de cultura política, por el uso de metodología de apoyo y su ‘subjektividad’ concomitante o definición psicológica de cultura política” (Welch, 1993:6); evidentemente, éste fue el resultado de la obra de Almond: una base de datos enorme, pero un cuestionable sustento teórico, al punto que fue motivo de un segundo desarrollo teórico sobre cultura política, esta vez desde la sociología interpretativa, la cual “...hace uso de las pruebas de plausibilidad y construye la cultura política como significado; es evidentemente omnívora, al contener una definición comprensiva de cultura política” (Welch, 1993:6).

En términos de investigación se habla del uso comparativo y el uso sociológico de cultura política (Welch, 1993). La distinción central entre ambos es, además de la matriz teórica, en un caso la teoría *behaviorista* y en otro la sociología

interpretativa, precisamente el uso de cada una. Mientras en el primer caso el análisis de la cultura política atiende al comportamiento de los individuos frente a la estructura y proceso político, y los resultados de la investigación son susceptibles de comparación, por ejemplo al comparar la cultura política de distintas naciones o al comparar sus distintas expresiones a lo largo del tiempo en una misma nación, o bien al comparar la cultura política que se establece desde distintos tipos de regímenes políticos; en el segundo caso, es decir en el uso sociológico, la comparación no se puede dar, en virtud del grado de profundidad y detalle al cual se puede llegar, cuando pensamos en la cultura política como parte de los significados culturales propios de una colectividad. Bajo este último esquema no es posible comparar, pero tampoco es el objetivo. Por eso se habla del uso que se busque. La sociología interpretativa intenta conocer los significados, símbolos, códigos de la acción social (la acción política incluida), pero no aspira a una comparación entre culturas. Ya que “entre más detallado y complejo sea el acercamiento a la cultura política, menos comparable puede ser” (Welch, 1993: 7).

Por otro lado, se encuentra la gran diferencia conceptual de *sociedad*. Para los comparatistas, la sociedad podría presentarse como un sistema que tiene funciones y está formado por la suma de individuos en continua y a veces conflictiva relación. Aquí, la cultura política sirve como medio para mejorar las reglas de funcionamiento del sistema, a través de un mejor y mayor conocimiento del tipo de régimen político que lo sostiene, pero especialmente por la participación individual que promueve entre los miembros del sistema.

Para la sociología interpretativa, en cambio, la sociedad no es la suma de individuos, sino las relaciones invisibles que los individuos establecen entre sí y que a lo largo del tiempo forman estructuras e instituciones, cuya sedimentación da significado a la acción social, en lo que podríamos llamar una rápida síntesis de la teoría (Ritzer, 1993). De manera que aquí la cultura política forma parte de esa sedimentación y se expresa a través de la acción

política. Se puede decir que, según esta teoría, la cultura política no es diferente a la cultura general, no se tiene una y no la otra, no hay pueblos que tengan cultura política sin tener cultura. Para la sociología interpretativa, la cultura política no tiene sentido conceptual tal y como está definida en el esquema comparatista. De ahí que las críticas más contundentes a la obra de Almond y sus sucesores provengan de la sociología interpretativa. La más aguda de éstas es la que considera que la teoría de Almond niega el papel de las élites dominantes en la difusión de los mitos democráticos, argumentando que la cultura cívica y otros estudios de civismo sirven para describir los valores dominantes y, por lo tanto, la teoría finalmente no llega a explicar la estabilidad de los sistemas sociales (Welch, 1993). En otras palabras se desconoce todo valor explicativo a la obra de Almond y Verba, e incluso se cuestiona severamente el trabajo de los llamados “teóricos empíricos”.

En general, a la obra de Almond se le ha exigido mucho más de lo que su contenido estaba en posibilidades de ofrecer. Los mismos autores establecen los alcances conceptuales de la obra, desde el primer capítulo: “Lo que hemos hecho consiste en una serie de experimentos, con el fin de probar algunas de estas hipótesis. Más que inferir las características de una cultura democrática de instituciones políticas o condiciones sociales, hemos intentado especificar su contenido, examinando actitudes en un número determinado de sistemas democráticos en funcionamiento (Almond, 1970:28).

Con todo es posible afirmar que, como concepto, la cultura política ha sido muy útil para entender las actitudes de las personas hacia su sistema político, qué saben de él, cómo se identifican con él y cómo lo evalúan. Y con todo ello también es posible comparar distintas orientaciones políticas en las diferentes sociedades. Al menos así lo han entendido los más recientes desarrollos teóricos en esta línea. La cual ha tenido un avance ulterior destacado. Ejemplos de ello son los textos de John R. Gibbins, *Contemporary Political Culture* (1989), y el de Larry Diamond cuyo título es *Political Culture and Democracy in Developing Countries*



(1993). El primero de ellos se aboca al estudio del cambio político en las sociedades posindustriales, a partir del paradigma de la posmodernidad pero fundamentado en la tradición de cultura política comparatista, la cual sitúa a la colección de ensayos dentro del debate sobre la cultura política contemporánea en su vertiente comparatista. Además, incluye acercamientos hacia la cultura política en las sociedades comunistas y poscomunistas.

El segundo texto ofrece una revisión del desarrollo de la cultura política en el mundo subdesarrollado y algunos países de Europa Oriental. Éste, con una perspectiva también de política comparada, enriquece el legado de Almond, ampliando bastante su panorama analítico, e incluye aspectos culturales decisivos como la religión y otras variables culturales importantes que no fueron contempladas por la multicitada *Civic Culture*.

Estamos hablando ya de un nuevo enfoque de cultura política, el que nos presenta de manera integral estudios de inferencia estadística sobre cambios de valores en las sociedades contemporáneas. Se trata de investigaciones que ya no observan la fuerte carga ideológica pro-capitalista y de reproducción del sistema democrático-liberal estadounidense, pero que sin duda aportan sustanciales hipótesis sobre el cambio socio-político de las sociedades contemporáneas.

De estos últimos trabajos de cultura política con fines comparatistas se destacan, por el alcance del programa de investigación en el que se sustenta y por la *vastedad* de datos que manejan, los trabajos de Ronald Inglehart, de la Universidad de Michigan (Inglehart, 1988; 1997). Este autor comenzó su programa de investigación en política comparada a partir justamente de una reconsideración de los valores culturales como elemento para explicar las diferentes actitudes políticas. En *The Renaissance of Political Culture* (1988) este autor nos dice: “Las diferentes sociedades se caracterizan en grados muy diferentes por un específico síndrome de actitudes culturales en

la política; que éstas diferencias culturales son relativamente perdurables, pero no inmutables con consecuencias políticas mayores, estando altamente ligadas a la viabilidad de las instituciones democráticas” (Inglehart, 1988: 1203).

Habría que agregar de paso que la criticada técnica de las encuestas ha superado la fase elemental de recopilación de datos gruesos y superficiales, y ayudada por la inferencia científica aplicada a la investigación cualitativa (King, et al: 1994) es posible ya avanzar notablemente en el terreno de datos finos de grandes poblaciones y proporcionar evidencias de mayor validez a la tarea comparativa.

Hasta aquí lo relativo a la cultura política, bajo la mirada de la política comparada. Pasaremos ahora a revisar la propuesta de la sociología interpretativa. Vale la pena, sin embargo, hacer una breve incursión a la teoría de la Elección Racional *rational choice* y ver hasta qué punto sus aportes han sido útiles o importantes en el camino conceptual de la cultura política.

En esta corriente se asume que todos los individuos llevan a cabo sus decisiones en forma racional, incluidas sus decisiones o elecciones sobre el mundo político. Esta teoría tiene sus raíces en una obra de Gordon Tullock (Chilcote, 1994),² cuya línea es en cierta medida continuada por James Buchanan dentro de la economía y por Anthony Downs por el lado de la sociología y ciencia política.³ En ambos el argumento central es que un análisis del mercado debería estar basado en el individuo racional que persigue sus propios intereses y elige en consecuencia. En ese sentido la preocupación central era la eficiencia de las instituciones gubernamentales en el diseño de las preferencias individuales sobre los bienes y las políticas públicas.

La obra que marca la decisiva entrada de la *Rational Choice* a la teoría política es de Mancur Olson, *La Lógica de la acción colectiva* (1992).⁴ Así, hacia los años sesenta y setenta esta teoría

² The Politics of Bureaucracy (1962), *Public Affairs*, Washington, D.C. Citado por Chilcote (1994).

³ Las obras respectivas son: Buchanan, James (1962), *The Calculus of Consent*, Univ. of Michigan, Michigan y Downs. Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy*, Harper & Row, New York.

⁴ La edición en español en la editorial Limusa es de 1992, pero la obra original en inglés es de 1965, con el título de *The Logic of Collective Action: Public Goods and the theory of Groups*, Cambridge, Mass: Harvard University Press.

intentó, basándose en la economía y los modelos formales, describir el ambiente político, incluidas las actitudes hacia la política. Almond fue un gran crítico de la misma. La calificaba de reduccionista y en cierto modo lo era: “El análisis de la elección racional puede conducir a distorsiones empíricas y normativas, si no es utilizado en combinación con las ciencias históricas, sociológicas, antropológicas y psicológicas, las cuales consideran los valores y servicios de la gente, los intercambios culturales y nacionales, a través de los estratos sociales y en un espacio temporal dado” (Almond, 1990:121).

La teoría de la elección racional tiene una muy relativa utilidad si tratamos de buscar significados sobre lo político. Es poco factible, de acuerdo con todo lo dicho, que un individuo actúe frente al mundo político basado solamente en un cálculo racional individual. Es posible aplicar la teoría, con ciertas reservas, si pensamos en la fase última de la acción política, como podría ser el sufragio; pero la elección racional, para ser considerada en términos culturales, tendría que adentrarse en otros ámbitos diferentes a los que sus estudiosos lo concibieron. La historia, la ideología, la religión son factores no abordados por esta teoría. Todos, sin duda, explican mucho de la cultura política de los pueblos.

De todas maneras es importante mencionar dicha aproximación teórica porque el impacto del mercado en la dinámica social contemporánea es tal que ha removido el ámbito político en amplia medida. Si bien es evidente que en ella se consideraría lo político como un bien público, susceptible de ser intercambiado, en términos del mercado y que los individuos al elegir determinada oferta política, lo hacen en principio eligiendo la mejor del mercado. Pero ello de entrada implica la mediación del mercado, con escasas consideraciones históricas o ideológicas, de espacio o tiempo. Una imagen de individuo calculador y frío al momento de elegir políticamente. Hasta aquí parece difícil encontrar en la Teoría de la Elección Racional una veta de investigación en cultura política.

De tal manera que, excluyendo la teoría de la elección racional, podemos definir dos grandes campos teóricos a partir de los cuales se ha estudiado la cultura política: el comparatista y el interpretativo. El primero -ya esbozado- de la escuela *behaviorista* cimentando, en buena medida, en el desarrollo de la política comparada. El segundo tiene que ver con varias escuelas teóricas, la antropológica y los enfoques sociológicos del interaccionismo simbólico y fenomenología. Corresponde ahora revisar con mayor detenimiento esta última propuesta.

La cultura política en la investigación interpretativa

El conjunto de autores que representan la tradición en investigación sociológica interpretativa constituye una importante fuente teórica, primero por la crítica que ejerce hacia la concepción original del concepto de cultura política y, después, como punto de partida de un distinto desarrollo teórico sobre la misma. La corriente del interaccionismo simbólico y su vertiente de la fenomenología en particular nos proporcionan algunas ideas consistentes para lo que podríamos llamar una teoría interpretativa de la cultura política. Max Weber, pero sobre todo Clifford Geertz, constituyen la mayor influencia en el interpretivismo político-cultural (Welch, 1993).

Según esta corriente, “dentro de la investigación de la cultura política, el rasgo que define la interpretación es un concepto de cultura política como ‘significado’ de la vida política, o el aspecto significativo de la política” (Welch, 1993:5).

Como teorías, mientras la corriente *behaviorista* recurre al criterio de verificación, los estudios interpretativos lo hacen con relación a su plausibilidad. En el primer caso el tema de las encuestas sirve para verificar teorías, en el segundo caso la investigación ha de conducir a la plausibilidad de las mismas.

La sociología interpretativa, como campo de investigación para la cultura política, nos presenta dos instrumentos de análisis básicos:



el sentido y significado de la acción social. La idea central aquí es que detrás de las acciones de los hombres subyacen ciertos sentidos, que las acciones de los individuos no son casuales o meramente accidentales. En el terreno de lo político ello significa que las acciones políticas no se sitúan en el nivel superficial, o externo, sino que tienen un determinado sentido anterior, un sentido que se va adquiriendo a partir de los usos y costumbres de la comunidad. Ese sentido acumulado crea significaciones entre los miembros de la comunidad que a su vez se reproducen y forman códigos intersubjetivos. El problema de investigación aquí es llegar hasta esos códigos y para esto la técnica de las encuestas a grandes poblaciones no es útil. “Los significados intersubjetivos (de una sociedad) deben distinguirse de las actitudes comunes (de esa sociedad), que son las que la técnica de las encuestas es capaz de exponer” (Welch, 1993: 5). Claramente la mirada conceptual es diferente.

Todo lo anterior tiene su origen en la obra de Alfred Schutz *The Phenomenology of the Social World* (1932) quien desarrolla la fenomenología hacia el campo del mundo social. De este modo, el problema original de la fenomenología, que era la explicación del proceso mediante el cual los elementos de experiencia perceptual son entendidos como objetos, distancias y movimientos distintos, se extiende con Schutz hacia una filosofía que atribuye significado y forma a la experiencia humana.

Las personas desarrollan y usan ‘tipificaciones’ en el mundo social. En cualquier situación que se da en el mundo de la vida cotidiana, una acción viene determinada por un tipo constituido de experiencias anteriores (Ver Ritzer, 1993: 268-269).

Esas tipificaciones, resultado de los hábitos y patrones construidos previamente, las utiliza el individuo en su acción social cotidiana y se convierten en instituciones. De manera que la búsqueda por el origen de las prácticas políticas tiene que ver con esos hábitos, patrones, tipificaciones e instituciones. Cuando hablamos de la teoría social fenomenológica hacemos

referencia a uno de sus postulados centrales: la intersubjetividad como origen de la acción social. Siguiendo este orden de ideas, el origen de las prácticas políticas de los individuos hemos de situarlo en el plano intersubjetivo, referido a la forma en que los miembros de una colectividad piensan lo que piensan en relación con lo político. Y el hecho de enfatizar la colectividad es importante por la función relacionante de la política, punto que será ampliado más adelante.

Para puntualizar, tomemos en este orden los conceptos del enfoque interpretativo hacia la cultura política: para conocer el sentido de la acción política debemos poder interpretar los códigos a través de los cuales se dan las relaciones entre individuos, propias y distintivas a cada grupo social. Para descodificar debemos reconocer el significado de esos códigos y para esta tarea habremos de buscar el sedimento o la estructura del bagaje común de los sentidos propio del grupo social en estudio o sea el acervo social del que los miembros de dicho grupo echan mano a la hora de actuar.

Esta corriente pretende ampliar el espectro de análisis en lo que se refiere al individuo, considerado en sus mecanismos de conciencia, significación, simbología y cosmovisiones como individuo que ‘hace’ la sociedad. Dichas acciones individuales, como acciones sociales, poseen ciertos significados, que a su vez provienen de un depósito común de sentidos, compartidos por los integrantes del grupo social. Es decir, por ideas o nociones que se han fijado generacionalmente y de las cuales echan mano los miembros de una comunidad para responder a las situaciones cotidianas. El bagaje de significados y sentidos que los hombres dieron y siguen dando a sus acciones forma una tradición, la tradición de los sentidos que es compartida por todos los miembros de la comunidad y fuente de la acción social de estos. Y si bien dichos sentidos parten del ámbito subjetivo, importa mucho reconocerlos porque nos permiten averiguar por qué los hombres responden como lo hacen en momentos o ante problemas determinados; en nuestro caso, por qué responden como lo hacen en el mundo de lo político.

Las ideas fuertes en esta corriente son: sentido, significado, código, acervo e interpretación. Habremos de observar, sin embargo, que tanto el sentido como el significado de la acción social son todavía muy generales para comprender la acción política, en virtud de que abarcan todo el espacio de lo social, mientras que el campo de lo político es en principio más restringido, aún si lo consideramos como el espacio donde tienen lugar la toma de decisiones entre individuos. De manera que el sentido de la acción política se podría empezar a buscar ya en el acervo social o en sistemas de significado de lo político para los miembros de una sociedad los cuales, según Crespi, "...habiéndose formado a través de la experiencia individual y colectiva, median simbólicamente en las relaciones del sujeto con sí mismo, en las relaciones entre los actores sociales, además de las relaciones entre estos últimos y las condiciones materiales de su ambiente de vida" (Crespi, 1997:12).

Este orden de ideas coloca el análisis de la cultura política del lado del individuo en su vida cotidiana. En consecuencia, la acción política de los individuos no está siempre orientada desde las estructuras de poder externas, sino que responde y es objetivación del conjunto de ideas sobre la autoridad y el poder que están contenidas en el acervo social y que se fueron sedimentando históricamente en él. Las consideraciones que los hombres hacen a sí mismos y con los otros hombres sobre la autoridad y el poder en el grupo social, se obtienen principalmente de dicho acervo, pueden cambiar y se pueden negociar en cada acción política, pero una buena parte se preserva y hereda. En otras palabras, lo político no se encuentra en el sentido inmediato de la acción social, no es tan esencial, tan próximo al individuo, se sedimenta paulatinamente y puede objetivarse o no en acción política. De ahí que todo individuo, aún sin reconocerlo, tenga un acervo cultural de lo político. Es decir, tenga una determinada cultura política, aún haciéndola objetiva o no.

La fuerza de dicho acervo permite la reproducción del orden político, lo cual significa que son las acciones individuales de los hombres quienes lo hacen, es su acto cotidiano el

mecanismo de preservación de dicho orden; siendo, al mismo tiempo, la acción individual la que puede cambiarlo porque, según Crespi, Berger y Luckman, en cada acción individual se negocia el orden vigente. Por eso la cultura política no está dada para siempre, una parte la reproducen los hombres y otra se negocia y cambia. Esta es una forma de entender tanto la cultura política como el cambio político, a través del análisis de las acciones individuales.

En este orden de ideas, estamos colocando al individuo en toda su amplitud social. Esto es, mirar que estas acciones tienen un fuerte ingrediente subjetivo que debemos rastrear en la tradición de los sentidos de la comunidad objeto de nuestro estudio, partiendo de la consideración de que la subjetividad de los agentes sociales es intersubjetiva cuando aflora y se objetiva ante los otros, formando de este modo verdaderos códigos intersubjetivos. Y si queremos ir más al fondo, podríamos acudir a la memoria, la percepción e imaginación de los individuos, es decir, en su conciencia social, para saber cómo han construido dicha tradición de sentidos, aquí referida al tema de lo político. La tarea siguiente es descodificar la cadena de significados, para estar en condición de interpretarlos. Puesto que según el grupo social o etapa de análisis, los códigos intersubjetivos llegan a ser demasiado complejos y una mirada superficial no da pistas sólidas para la tarea interpretativa, punto al que el investigador quiere llegar. Según este enfoque, es de este entramado intersubjetivo de donde provienen las prácticas políticas de determinada comunidad o grupo social.

La acción política, en consecuencia, no empieza con la consideración del hombre como miembro de una comunidad política, recién ahí ya se han formado la mayor parte de los códigos intersubjetivos con los que se actúa en la vida política. Su conjunto permite que se conformen estructuras históricas específicas de depósitos sociales de sentido, dentro de las cuales una parte del acervo es accesible a todos, como conocimiento de sentido común, y otra corresponde al conocimiento especializado de acceso restringido. Es justamente con el conocimiento general de sentido común con el



que el individuo responde políticamente, pero ante contingencias desconocidas, es decir ante acontecimientos que no se encuentran en su acervo y a los que no sabe responder, busca con mayor o menor éxito el conocimiento de los especialistas.

De manera que la investigación sobre el origen de la cultura política consiste en averiguar la estructura histórica específica de los depósitos de sentidos y cuáles han sido las relaciones dominantes, para ir descodificando los códigos intersubjetivos relevantes en nuestra sociedad bajo estudio. La interpretación de estos constituye el paso final.

A pesar de lo sugerente de este enfoque, resulta notoriamente difícil recuperar el nivel de análisis que demandaría la cultura política en grandes poblaciones, porque nuestra búsqueda conceptual tendría un mayor desarrollo pero hacia grupos muy pequeños o incluso a individuos. Y si, como dice Hannah Arendt, la política está referida a los asuntos públicos y hablar de política es hablar de pluralidad (Arendt, 1997), entonces lo político es ante todo un concepto relacionante, busca estudiar asuntos que relacionan a los individuos en torno a un orden público. En este sentido la sociología interpretativa tiene sus límites.

No obstante, se podría arriesgar una definición de cultura política bajo esta mirada: la cultura política como el acervo de códigos que los hombres han construido históricamente acerca de su orden político vigente. Y podríamos agregar que la acción política es la objetivación de dicha cultura. La tarea de investigación comienza entonces con el estudio del grupo social de manera que se puedan emprender las indagaciones sobre su particular acervo social y deslindar de éste los códigos mediante los cuales los hombres objetivan su cultura política.

Hay que reconocer que a pesar de no ser abundantes los aportes interpretativos sobre cultura política, esta línea ha sido considerada como una alternativa de análisis para el estudio de la misma. Un libro muy sugerente en este sentido es el titulado *The Concept of Political*

Culture, de Stephen Welch (1993), el cual deja abierta la posibilidad de un abordaje teórico de la cultura política desde un ángulo interpretativo. El texto estudia a profundidad los distintos enfoques analíticos de que ha sido objeto la cultura política y recupera algunas aproximaciones sobre la cultura política de los países ex socialistas. Este último apartado nos sugiere una idea muy valiosa para el estudio de la cultura política como acervo político: ésta no se puede imponer. Podría ser muy aventurada la afirmación, pero el fracaso en la permanencia de los sistemas socialistas se debe, en una buena medida, a la imposición forzada e inmediata de una cierta cultura política conveniente al régimen político. Si consideramos a la cultura política como un acervo de lo político construido por los hombres históricamente, es claro que la imposición no va a eliminarla, siempre habrá resistencias al nuevo acervo. Y si bien, una parte de éste puede negociarse, el proceso es paulatino, y no siempre responde a la inmediatez de las necesidades de implantación de un nuevo orden político.

En los regímenes liberales sucede lo mismo. Las transiciones entre distintos tipos de régimen, digamos de autoritario a democrático o viceversa, encuentran relativamente fácil el cambio de las estructuras de poder, pero tienen un serio obstáculo: la cultura política que les precede. Por esa razón, ni los gobiernos ni los pueblos, es decir los hombres, pueden volverse democráticos por decreto. En ambos se mantiene la cultura política anterior, el acervo de lo político no cambia mediante la receta democrática. Si larga fue la etapa de autoritarismo de un régimen, y en consecuencia de implantación de un determinado acervo de lo político, más larga será su transición a un régimen distinto, a menos que se haga uso de la violencia.

Es evidente que estas últimas afirmaciones reclaman un desarrollo más puntual. Dejamos apuntadas solamente estas reflexiones porque parecen mucho más congruentes con el enfoque interpretativo de la cultura política y complementan el análisis de la cultura política vista comparativamente.

Conclusiones

El concepto de cultura política, no obstante su carácter controvertido, ha sido fuente de crecimiento de la ciencia política y se ha nutrido incluso de otras corrientes de investigación principalmente sociológica. Si bien los dos campos teóricos desde los cuales se ha abordado el tema están constituidos por la política comparada y la sociología interpretativa, la literatura más reciente apunta en una dirección mucho más comprensiva que abarca ya el cambio de valores de la sociedad contemporánea, como ya se señaló. Este ya cuenta, por un lado, con un desarrollo enormemente significativo de la técnica y validez de las encuestas de opinión; y, por otro, con un avance conceptual importante en materia de *comparative politics* (Ladman, T. 2000; Murray, F. 1994; King, et al, 1994). Es decir, si el legado de Almond ha rendido frutos, estos se han ido afinando y constituyen desde la década de los noventa una nueva veta de investigación politológica, que incluye aspectos -también mucho más afinados- de cultura política. Se ha ido abandonando el paradigma etnocentrista del proyecto de Almond y se ha empezado a concretar en temas de cambio de valores en sociedades en transición, o entre sociedades, y aún en diferentes etapas dentro de una misma sociedad.

No obstante, una conclusión importante de acuerdo con los textos aquí revisados es que los estudios de carácter interpretativo tienen bastante que decir en el ámbito de la cultura política. Podría decirse que son, en muchos sentidos, la base analítica sobre la que ha de sustentarse el más acabado desarrollo de la cultura política desde el ámbito comparativo. Es la acción política, pero también el sentido de la acción política, lo que debería contener un programa de investigación en cultura política.

Hemos visto como el viejo contenido conceptual de cultura política se ha enriquecido. La cultura no es únicamente lo ya sedimentado en y por una sociedad, sino que constituye un proceso en el cual la cultura política hace referencia precisamente a los aspectos políticos (Welch, 1993: 164); bien merece la pena abordar el tema. Es posible concluir que bajo esta doble mirada

teórica es posible ya aproximarnos a entender, explicar y analizar la cultura y la participación política de diversos países y en diferentes etapas, y además aventurar algunas comparaciones.

Este marco teórico no sólo demanda una revisión de las conductas prevalecientes en materia política, que sería la parte susceptible de comparar o de medir, si no que requiere una amplia revisión histórica que recupere significados, códigos y tradiciones de la cultura política. Sin ambos sólo es posible contar la mitad de la historia. Sin ambos sólo es posible hablar del pasado, pero no del presente. Sin ambos sólo se pueden llevar a cabo estudios etnográficos, al tomar historias políticas a profundidad; o datos en seco (*value-free*) si medimos actitudes políticas. Pero al final de cuentas no habremos explicado mucho. Y no tendremos posibilidades de aventurar hipótesis del comportamiento político.

Resumiendo este esquema teórico diríamos que se debe utilizar la sociología interpretativa para la recuperación histórica de los valores político-culturales de una sociedad y hacer un mapa de la cultura política hasta el presente a partir de la política comparada.

Por otro lado, este marco teórico nos permite analizar conjuntamente cultura y la participación política en términos de proceso de investigación. Es decir, establecer las bases histórico-político-culturales e ir articulando sobre éstas las formas de participación política correspondientes presentes. Tradicionalmente cada uno de estos elementos demanda un programa de investigación separado. El intento de conjuntarlos responde a la idea de que la cultura produce las actitudes y que difícilmente se explican independientes. En resumen, a toda actitud política corresponde una pauta cultural previa. El sufragio no es un acto casual, responde a un esquema de valores sedimentado en el grupo social bajo estudio. La participación en marchas, mítines, etcétera, no son acciones sin sentido, son más bien producto de pautas establecidas de un comportamiento político anclado históricamente. Su estudio ha de constituir el nuevo programa de investigación y cultura, y participación política.



Bibliografía

- ALMOND, G. AND VERBA, S (1963), *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- _____ (1980), *The Political Culture Revisited*, Little Brown, Stanford.
- ALMOND, G. (1990), "The Study of Political Culture" en *A Discipline Divided*, Sage Publications, London
- ARENDT, G. (1997), *¿Qué es la política?*, Paidós, Barcelona.
- BERGER, L. P. y LUCKMAN T. (1995), *Modernismo, pluralismo y crisis de sentido*, Paidós, Buenos Aires.
- CRESPI, F. (1997), *Acontecimiento y Estructura*, Edic. Nueva Visión, Buenos Aires.
- CHILCOTE, RONALD (1994), *Theories of Comparative Politics*, Westview Press, California.
- DIAMOND, L. (1989), *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Lynne Rienner Pub. London.
- EASTON, D. (1965), *Esquema para el Análisis Político*, Amorrortu Edit., Buenos Aires.
- GEERTZ, C. (1995), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- GIBBINS, J. (1989), *Contemporary Political Culture, Politics in a Modern Age*, Sage Publications, Londres.
- INGLEHART, R. (1997), *Modernization and Postmodernization*, Princeton U J, Princeton University Press.
- INGLEHART, R. (1988), "The Renaissance of Political Culture" en *American Political Science Review*, December 1988. Vol. 82, Num. 4.
- KING, G., KEOHANE, R VERBA, S. (1994), *Designing Social Inquiry*, Princeton University Press, New Jersey.
- LANDMANN, T. (2000), *Issues and Methods in Comparative Politics*, Routledge, Londres.
- MURRAY, F. (1994), "Some Methodological Problems in Comparative Politics" en *Journal of Theoretical Politics*, Vol. 6 (3), Sage Publications, Londres.
- OLSON, M. (1992), *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*, Limusa, México.
- RITZER, G. (1993), *Teoría Sociológica Contemporánea*, Mc Graw Hill, Madrid.
- SCHUTZ, A. (1972), *Fenomenología del mundo social*, Paidós, Buenos Aires.
- WELCH, S. (1993), *The Concept of Political Culture*, St. Martin's Press, New York.